

Siempre hay un camino cuando se usa la inteligencia

Jesús Vicente García

I

ESPERO QUE SALGA BASILIO DE SU EDIFICIO. Llevo mi balón de básquet. Tenemos reta de unas quintas. La revancha. La semana pasada nos ganaron. Basilio iba crudo. Yo tenía un dedo cortado por andar picando cebolla como si fuera taquero. El Greñas se cansó rápido. Los otros dos estaban muy lentos. Digamos que el único joven y bello era Basilio. Es el que gana los rebotes por arriba. Los otros ya somos cuarentones, pero dispuestos a no rajarnos.

Afuera de su edificio, la banqueta está algo ondulada. Dice su mamá Vera que está así desde el terremoto del 85. Las raíces de un árbol grandote la ondulan más. Veo que la deformación ha sido aprovechada. Han pintado una carreterita con gis. Eso me agrada. ¿Hace cuánto que no veía algo así? Desde antes del terremoto en la calle donde vivo, Manuel Navarrete, poeta franciscano. Después de aquel año, las familias se fueron, a otras se las llevó la parca, algunos otros se enfermaron y les dejaron secuelas. Era de lo más común ver carreteritas pintadas con gis blanco en diversos lugares de la banqueta, en la esquina con Viaducto, en la de Toribio Medina, en Hernández y Dávalos, frente a la imprenta, cuando no se reunía tanta gente en los famosos Toluco y Tixtla, buenos pozoles, por cierto. Jugar canicas y carreterita era la neta.

Era común escuchar gritos desahogados de pilotos de diez a quince años: “¡Pozo, hasta que te pasen!”. “¡Te saliste, te saliste; comienza de nuez,



Fotografías: Alejandro Arteaga

de nuez, de nuez!”. Tres empujoncitos al bólido en turno era lo necesario para comenzar la aventura en la carretera llena de trampas. El reto de soportar las miradas de los competidores que casi danzaban para echar la sal y que nos alcanzara algún Lamborgini rojo, llantas de goma, plastilina en el chasis, piloto con casco verde militar, no era para cardiacos. Llegó el terremoto del 85. Los baches siguieron, pero no así los niños y su carreterita; la concesión había terminado.

Por fin sale Basilio. Habla por celular. Me saluda de la manera clásica actual: choque de palmadas que se arrastran y el regreso con el puño cerrado para chocarlos entre sí. Veo que tiene algo en la otra mano, parecen cómics. Antes le llamábamos cuentos o historietas. Se los arrebató. Presta pa’ la orquesta. Me sorprende: tres números de Kalimán de 1975. De colección. Son de tamaño carta más o menos. Portada a color, interiores sepia. Huelen a historia, que no a viejo. Sin esperar mi pregunta, al terminar su sesión de cel, escupe:

—Dice mi mamá que eran de mi tío, pero hace mil años vive fuera de la ciudad y por eso me los dio —mira su cel y sonrío—. Ayer hizo talacha y encontró kalimanes, águilas solitarias, familias burrón, capulinitas y como treinta revistas de espectáculos del año del caldo, algo de notas de música o musicales, y te los quería presumir.

—Son *Notitas musicales*, maje y presumido.

Me empuja, se aprovecha de su casi uno ochenta contra mi uno sesenta y dos. En el camino al parque Álamos, le platico quién era Kalimán, qué enemigos tenía, cuál su objetivo, su historia. Dice que a él le late más el manga y el ánimo o, de los viejos, Jis y Trino con su Santos y la Tëtona Mendoza. Veo que tomamos Cinco de Febrero. “Debo pasar por una persona”. Eso suena sospechoso.

—¿Y Naty, la sabrosa, ya no la ves?

Silencio. Aprovecho para recordar aquellos momentos de ocio que el hospital me obligó a vivir con *Kalimán*. Finales de los setenta, principios de los

ochenta. El estómago me reventaba. Todo lo malo lo tenía ahí. Hospital Infantil. Cirugía II, cama 3, primer cuarto a la izquierda. Olor a éter. Lloriqueos de niños. Quejas muchas, risas pocas. Venoclisis. Totalmente a expensas de las enfermeras y de los médicos. Noches con una radio que dejaba escuchar en tercer plano a Luis Ángel con “Lluvia”, Miguel Bosé con “Don Diablo”, Diego Verdaguer con “El pasadiscos”, Linda Ronstadt con “Blue Bayou”, un tal Sergio Facheli; y me dejaba llevar por el ambiente sonoro mientras soñaba que yo era Kalimán; durante el día lo leía una y otra vez. Mi hermana Lupe me llevaba algunos números anteriores, lo cual agradecía; me inspiraba la fuerza de ese hombre, su cuerpo delgado, con músculos, así quería ser de grande, y tener esa tranquilidad ante el peligro. “Quien domina la mente lo domina todo”, decía en todo momento. Y yo, a la fecha, lo creo.

La vida en un hospital, con suero y algo destripado, consistía en estar en la cama, soportar la curación matutina, ver caricaturas después de comer dieta blanda, lo demás era ver la dinámica de Cirugía II desde el único ángulo que lo permitía nuestra estancia: a través del vidrio que separa el cuarto del pasillo: ahí veía a los señores de la comida que se anunciaban con el sonido del metal en el piso; los cirujanos que parecían pitufos, todos de azul y hasta los pies cubiertos como si fueran payasos; los médicos en su segunda ronda vestidos de blanco, siempre iba uno mayor y otros más jóvenes; el desfile de padres que iban y venían; las enfermeras y ayudantes que se la pasaban de aquí para allá, así que con ese ritmo, yo sacaba el *Kalimán*; el ocio me lo permitía. Lo primero que hacía era oler el papel, no me importaba que ya lo hubiese hecho diez veces, y le encontraba cosas nuevas cada que lo leía; veía la definición de los músculos de Karma, su peor enemigo, el del ojo en la nuca, también era delgado, y se parecían porque los dos habían recibido instrucción en el Tíbet.

Con la mano izquierda que tenía libre, daba vuelta a las páginas; sufría al saber que la historieta



estaba a punto de terminar, a pesar de tener otros dos o tres ejemplares debajo de la almohada, con todo y que Trini, la enfermera chaparrita, nos prohibía meter cosas ahí; en cambio Lulú, la gordita de la noche, no le importaba que tuviera kalimanes, archis, familias burrón y capulinitas juntos. En ese no hacer nada, conocí las mejores aventuras que me hacían soñar, querer ser como el hombre increíble con turbante. “Siempre hay un camino cuando se usa la inteligencia”, ¡ah, qué frases! En ocasiones me quedaba dormido con el *Kalimán* cerca del brazo derecho, el lugar del suero, y a eso de las seis de la mañana, Lulú lo ponía en mi buró para que la del otro turno que entraba a las siete no me regañara. Pensaba que cuando saliera del hospital, lo primero que haría sería meterme a clases de meditación, karate y hacer pesas, y no descansaría hasta ser como Kalimán: elegante, inteligente y valiente para acabar con los malos de las calles; así verían que de ser un niño flaco sería todo un hombre dispuesto a defender a mi país de los peligros que lo azotaran. Pero antes, una vez en la calle, jugaría canicas con el Chucho, el Chiquis y la Mujer Araña para que quedara claro quién es el mejor en esa materia, y en las vacaciones de julio volvería sobre los kalimanes anteriores y los que en ese momento aparecerían en los puestos de periódicos.

Llegamos a una fachada blanca, puerta verde. Timbre. Voz. “Voy, Basi”. Es Yadira, una morena que me recuerda a los personajes femeninos de Kalimán

cuando estaba en la India, delgada, nada que ver con Naty, la novia oficial. Veo a Basilio, le hago la seña de que esto merece algo, porque mi silencio no es gratis.

—Tú no digas nada —me dice a la sorda, antes que salga la susodicha.

—¿Te acuerdas cuando fui contigo y con tu mamá el diez de mayo voluntariamente

porque si no feisbuqueabas las fotos de...?

—Eso es otra cosa.

—Otra cosa. Bien. Quiero todos los kalimanes que tengas y los capulinitas y lo que encuentres.

—¿No te digo que me los quedaré? Quizá haga un ensayo con este tema para... bueno, además, ¿qué le digo a mi mamá cuando no me los vea?

—Esa no es bronca mía. Yo sí sé qué decirle a Naty. Recuerda que...

—Oquéi, oquéi. Mañana entonces...

—Hoy, hoy, hoy o la sabrosa de Naty sabrá que...

Sale Yadira, pants gris con una pantera negra entre los breves pechos. Sonrisa alegre. Besa a Basilio en la boca. Se abrazan. Me saluda de beso en la mejilla. La conozco desde pequeña. Su papá y yo fuimos mensajeros en la misma empresa. Le digo a Yadira que se ve muy bien. Lo agradece con una sonrisa y del brazo de Basilio. Para amarrar el negocio, saco mi celular. “Sonrían”. Él quiere evitar la foto. Ella lo rodea del cuello y posa ante la lente. Han quedado eternizados. Ya veo esos kalimanes, capulinitas y anexas en mi biblioteca.

II

Guardo mis kalimanes que me dio Basilio de malas, pero no me importa. Veinte ejemplares saltados de 1969 a 1978. Orgullo total. En mi biblioteca, entre narrativa mexicana y la caja de separadores, encuentro mis canicas de hace muchos años. La cebrita, que era

mi tiritito; la bombocha de trébol, que era la que usaba para jugar sobre todo pescado cuando decían que “sin librito de oro”, o sea sin reglas, y empujaba mi canicón para sacar las cuirias que me decían aquí estoy.

Salgo a la banqueta. Busco un hoyo para comenzar mi propio juego. Ya está. Si hay algo en las banquetas son hoyos, grandes y chicos, de todos tamaños; son las ventajas de un gobierno que hace puentes, albercas, pistas de hielo y bailes de quince años para el pueblo y que no se preocupa por las banquetas, de manera que si volviera el juego de canicas, o la carreterita, sería el agasajo para los jugadores.

—¿No fuiste a trabajar, flojo? En lugar de estar con esas canicas deberías estar escribiendo —es la voz de Basilio a mis espaldas, le da un patín a mi cebrita, rebota en la pared y llega a mis pies.

—Hoy es mi día de ocio, ¿sabes desde cuándo no sé lo que es estar así? Años, mi querido y amargado Basi. Además, Malena se fue a su diplomado. Hoy no escribiré ni leeré nada, bueno, hasta la noche.

—Creo que no tendrás mis capulinitas.

Le apunto a una agüita azul y ensayo mi tiro de a huesito. Tirar de a uñita era una mariconada. El hueso era para los machines, decíamos en los ochenta.

—A mí me vale lo que tengas que hacer. Quiero mis capulinitas o ya sabes que la foto con Yadira...

—Me valen gorro tú y Yadira.

—¿Desayunaste gallo combinado con perro callejero?

—Ya no tengo novia y Yadira ni me quiere ver.

Me lo dice al mero tiro. Fallo. Me siento como Sancho cuando se da cuenta que la Micomicona era puro teatro, porque al igual que yo, ya no tendría su ínsula, bueno, yo mis capulinitas y las demás historietas.

III

Por engolosinado. Se lo dije después por el *féis*: “si vas a hacer tus cosas, vete lejos, no sé, a Plaza Tepeyac, a Lindavista, a La Villa, a Perisur”, pero cómo se le ocurre ir a Plaza Delta. Naty vive en Obrero Mundial, casi casi en las bodegas de Soriana. Pues fue al cine con Yadira y en la salida se encontró de frente con Naty y

sus amigos. La delgadita Yadira fue jaloneada de los cabellos por la ostentosa Naty, que todo lo tiene grande. Y si no es por Basilio y dos polis de la plaza, la hubiese azotado trescientas veces.

Le digo que todo se arreglará.

—Oye, ¿y quieres en serio a Naty? —no responde, mueve la cabeza de arriba a abajo—. ¿Entonces qué onda con la Yadira? —toma una de las canicas y tira de a uñita.

—Así no, usa el dedo medio y el índice, rodea la canica, ponla en el hueso del pulgar, ¡eso es! Ahora tira, tira... ¡Vientos, mi aplatanado Basi! —pone cara de niño ante nuevo descubrimiento.

—Le di a tu cebrita... —mira el pescado que dibujé—. Oye, ya no me digas... pues sí la regué. Es que Yadira besa rete sabroso y desde la prepa nos traemos ganas y le gusta leer, me encanta cuando diserta acerca de la *Iliada*, ¿no ves que estudia Letras Clásicas? Además era una canita... ¿Te digo algo y no te burlas? Naty es bien tierna conmigo, pero habla puras jaladas... en cambio Yadira...

La banqueta con hoyos es nuestra. Le enseñé a jugar canicas. Apostamos. Sus treinta águilas solitarias y el titipuchal de capulinitas de los setenta contra una de mis ediciones del *Quijote*, anotada por Clemencín, Argentina, 1953, cuatro tomos, pasta negra de piel, reedición de la de 1839.

—¿No te rajas? —me reta.

—Jamás. ¿Qué quieres, un pescado o de a hoyo?

—El de hoyo me gusta. Dame chance de tirar primero.

—Con que albureándome, ¿eh?, cliente de Cupido.

Comenzamos. Lo veo muy emocionado. Suena su celular. Habla poco. Termina la llamada y apaga su cel. Gano. Dice que hice trampa. Lo reto entonces a jugar carreterita. Por fortuna, la banqueta está fea. Me siento como niño cuando seleccionaba los peores lugares para que mi Lamborgini le ganara a los demás. Saco mis carritos. Escoge uno. Pintamos la carreterita. Nos arrastramos. De sopetón, me pregunta qué va a hacer sin Naty, la extraña después de todo. Como no tengo la menor idea, respondo a la manera de Kalimán: siempre hay un camino cuando se usa la inteligencia. ■